

MATERIALES SOBRE LA IDEA DE IMPOSTURA INTELECTUAL

Edison OTERO
Universidad de Chile

Según lo define un diccionario común, el impostor es “el que engaña fingiendo ser lo que no es”¹. La misma fuente define ‘impostura’ como “engaño con apariencia de verdad”. Por otra parte, un diccionario Oxford define al impostor como “a person pretending to be somebody he is not...”² Como se sabe, la calificación de impostura puede aplicarse a una variedad de personas y en una variedad de situaciones; sin embargo, y como su título lo advierte sin lugar a confusión, estas notas se refieren únicamente a la impostura intelectual, a lo que pasa por conocimiento sin serlo y al que aparenta saber y no sabe. Nuestro ámbito es, en consecuencia, la actividad intelectual y, específicamente, la filosofía y la ciencia. La denuncia de la impostura ocupa un notorio lugar en el desarrollo del pensamiento y ponerlo a la vista sería una tarea imposible en espacios limitados. Para dar una idea de su pertinaz figuración, se han elegido testimonios con muchos siglos de distancia entre sí. Ello permite entrever lo antigua y persistente que es la impostura; pero, también, lo perseverante que es la lucha contra ella y lo ligada que está a la auténtica integridad intelectual.

1. En la historia de la filosofía, el problema de la impostura está temprana y expresamente planteado. En particular, hay dos grandes testimonios relativos a nuestro tema que cabe referir por su importancia: la *Apología de Sócrates* y la *Carta Séptima*, de Platón. Como ha sido

¹ *Diccionario Larousse* (1979). Editorial Ercilla, 38.

² *Oxford Advanced Learner's Dictionary of Current English* (1974). Oxford University Press.

dicho, la defensa de Sócrates es mucho más que un hecho contingente. Pasa por ser, desde hace mucho tiempo, un verdadero manifiesto del oficio filosófico, la reivindicación más categórica de la actividad intelectual en tanto tal. Resulta sumamente revelador que la denuncia de la impostura constituya uno de sus elementos centrales, elevada a la categoría de tema fundamental.

En este célebre alegato contra sus acusadores, Sócrates da a su ocupación cotidiana de interrogación y cuestionamiento de sus congéneres el carácter de ‘misión’, un servicio a la polis encomendado por la divinidad: “...al votar mi condena, no vayáis a cometer un error con la donación que Dios os ha hecho. Pues, si me condenáis a muerte, no encontraréis con facilidad otro hombre —aunque declararlo sea sencillamente aún más ridículo— que esté tan bien dispuesto, por mandato de Dios, hacia la ciudad, como un caballo grande y de noble sangre, aunque un poco torpe por su tamaño, que tuviera necesidad de ser estimulado por algún tábano. Tarea semejante es que Dios, creo yo, me ha encargado para la ciudad: que yo os estimule, os persuada y os increpe a uno por uno, sin pausa durante toda la jornada, aguardándoos por doquier. Hombre semejante no se dará fácilmente entre vosotros, varones, y si me hicierais caso, deberíais economizarme”³. Seguramente, este pasaje contiene todo cuanto uno pudiera buscar en la justificación del oficio intelectual en cualquier tiempo o lugar. Hechas las salvedades correspondientes, su semejanza con párrafos de un Voltaire o Bacon, un Bruno o un Camus, un Galileo o un Fichte, un Pico de la Mirándola o un Russell, es indesmentible. De aquí que esta defensa socrática pueda considerarse como un verdadero documento fundador del oficio. En la *Apología de Sócrates* hallamos la madura autociencia de la actividad intelectual capaz de justificarse más allá del gesto personal de preferencia.

Por todo lo anterior es tan revelador que la misión socrática se desarrolle como denuncia de la impostura. Por boca de su amigo Querefón, Sócrates se entera de que la sacerdotisa de Delfos lo considera el más sabio entre los hombres. El conocimiento de esta afirmación sumió al filósofo en ciernes en profundas reflexiones: “¿Qué quiere decir el Dios y qué enigma hay en sus palabras? Pues tengo la certeza absoluta de que no soy sabio en ninguna medida. ¿Qué quiere decir,

³ Platón, *Apología de Sócrates*. Editorial Dionisos 1979, 15-16. Traducción de Gastón Gómez Lasa. Sobre Sócrates, sus ideas y su vida, me baso en el propio Gómez Lasa: *El Expediente de Sócrates* (1978). Santiago: Editorial Universitaria.

entonces, cuando declara que yo soy el más sabio? Él, sin duda, no miente; no es posible en él. Por mucho tiempo, me encontré sin saber qué quería decir. Luego, sin mucho deseo, me lancé a averiguarlo. Salí al encuentro de los sabios que tienen fama de tales"⁴. Sabemos —por boca del propio Sócrates— el itinerario que siguió en sus indagaciones: los políticos, los autores de tragedias, los poetas, los artesanos. Sabemos, también, lo que encontró: dan la impresión de ser sabios, pero no lo son; tienen fama de ser sabios, pero no lo son, simulan saber, dicen lugares comunes, son vanidosos, no saben nada digno de valor, montan en cólera cuando son cuestionados; padecen la más execrable de las ignorancias: creen saber lo que no saben. De esta tajante experiencia, Sócrates extrae una descripción de su misión: "...someto a prueba a los que se creen sabios pero que no lo son"⁵. Y, lógicamente, descifra el enigma sobre el sentido en que él sea un sabio, comparado con aquel que sólo finge serlo: "Parece que soy, por lo tanto, un poco más sabio que él, ya que no creo saber las cosas que no sé"⁶.

Todos estos descargos son desarrollados por Sócrates —no lo olvidemos— en su defensa contra los cargos de ateísmo, corrupción de la juventud y manejo sofístico de los argumentos. Ha sido acusado y se ve enfrentado a dar cuenta de sus actos, esto es, de su oficio. Las acusaciones son, según lo precisa, lugares comunes. Por supuesto, se justifica plenamente una reflexión ceñida sobre el contenido de las acusaciones propiamente tales. Pero, y el propio Sócrates así lo manifiesta, el asunto de fondo es otro. Las acusaciones son el problema explícito: falta determinar su origen, su causa, el problema implícito. El filósofo refiere claramente que, en la búsqueda de la sabiduría, en la exhortación al diálogo, en el desenmascaramiento de los falsos sabios, se ha ganado el odio de muchas personas. Las expresiones socráticas no dejan lugar a dudas: animadversión, encono, odio, actitudes rencorosas y sórdidas, cólera. Con sus propias palabras: "Lo que dije hace un momento, que me había ganado mucho odio de muchas personas, está ciertos que es verdad. Esto es lo que me perderá, si ha de perderme, y no Mileto ni Anito, sino la calumnia, el rencor de muchos. Que es justamente lo que ha perdido a muchos otros hombres excelentes, y creo, los seguirá perdiendo. No tiene nada de extraordinario que me ocurra a mí"⁷.

⁴ *Op. cit.* 5.

⁵ *Op. cit.* 19.

⁶ *Op. cit.* 5.

⁷ *Op. cit.* 12-13.

Este pasaje del discurso es particularmente significativo. Sócrates manifiesta una notable lucidez sobre la naturaleza de la situación en la que se halla; rastrea por debajo de las apariencias y devela lo latente. Sus acusadores, así como las acusaciones que han formulado, son sólo la punta visible del iceberg, las agitaciones de superficie. Otra cosa son —como decimos— las mareas de fondo. Recojamos su afirmación de que lo que le ocurre no tiene nada de extraordinario. Es evidente que el conflicto entre el pensador y la *polis* le era conocido y le resultaba familiar. Por ejemplo, Anaxágoras había sido acusado tiempo antes del delito de impiedad religiosa. En la malla de este enfrentamiento, de diferentes matices e intensidades, entre la nueva actividad intelectual y las creencias tradicionales, se teje la venganza de los impostores, de todos aquellos agraviados por el oficio filosófico socrático. La interrogación filosófica sin contemplaciones había desenmascarado el falso saber de muchos supuestos sabios. Ahora, al amparo de la atmósfera equívoca de los tiempos difíciles, empujaban el agua turbia hacia sus propios molinos. Era la hora del ajuste de cuentas. Motivos había: pérdida de prestigio, influencia y poder, exhibición pública de su impostura.

Faltaban la ocasión y la ideología precisas. De ahí que buscaran fundir el perfil de Sócrates con la imagen de los filósofos naturalistas, aquellos que buscaban respuestas científicas de los fenómenos naturales y dudaban de las explicaciones religiosas del pasado. Así se entiende que Sócrates increpe a uno de sus acusadores de este modo: “Querido Meleto, tú crees que estás acusando a Anaxágoras”⁸. Ya se sabe: la venganza tiene razones que la lógica no entiende. Como en la lógica del país de las maravillas de Alicia, el acusado y la sentencia ya estaban pensados y decididos; faltaba determinar las pruebas, todas aquellas que resultaran adecuadas y apropiadas al propósito previamente determinado. Conocemos el desenlace de esta historia. Nos asalta siempre la tentación iluminista y racionalista de comprender el drama socrático en el contexto de un enfrentamiento fundamental entre el progreso y el oscurantismo, entre la filosofía y la religión. No es posible rechazar del todo una interpretación tal pero, sin embargo, no es tampoco la única lectura posible de los hechos. En una de sus dimensiones esenciales, el juicio a Sócrates es, evidentemente, la venganza de los impostores desenmascarados, de los pedantes descubiertos, de los falsos sabios. La cofradía de los usurpadores se puso en pie

⁸ *Op. cit.* 11.

de guerra. Reacción explicable, en verdad. Sócrates había iniciado las hostilidades con su averiguación, con su práctica filosófica del examen implacable de las evidencias pretendidamente tales, con la admisión valerosa de su propia ignorancia. Una cosa va con la otra. Con el cuestionamiento de las supuestas verdades viene lógicamente el cuestionamiento de quienes las han sostenido. Su objetivo no era seguir a Sócrates en sus interrogantes y preguntas, asumiendo el riesgo de tener que abandonar las ideas que se probaran falsas; muy por el contrario: no es la filosofía lo que les interesa. Están preocupados por mantener sus prestigios, sus influencias, sus posiciones, sus cuotas de poder. No es la verdad la que les inspira. Les basta con todo lo que tenga la apariencia de tal.

Es evidente que la búsqueda de Sócrates tenía que pasar, ineludiblemente, por la denuncia de la impostura. No había otro camino. Parece ser una constante: el movimiento de la filosofía implica la superación crítica del falso saber, de las supuestas verdades; estas son, propiamente hablando, un obstáculo para el pensamiento. En palabras de Hegel, muchos siglos después: “Estos prejuicios se convierten en los errores cuya refutación, practicada por todas las partes del universo espiritual y natural, es la filosofía; o, mejor dicho, los errores que, por obstruir el acceso a la filosofía, tienen que ser abandonados en el umbral de la misma”⁹.

La *Carta Séptima* se considera como el testamento político de Platón. A la sazón, corre el año 354 a.C. y el filósofo tiene 74 años. Han pasado tres décadas y media, aproximadamente, desde la fundación de la Academia y la laboriosa redacción de los libros que conforman *La República*. Esta acotación cronológica es importante; de una parte, porque permite sostener que el pensamiento político de Platón debe examinarse en su integridad. Hay intérpretes que giran y vuelven a girar alrededor de *La República* como la sola fuente importante para juzgar sobre ello. La lectura de la *Carta Séptima* permite ver a un Platón elaborando balances de singular valor, reflexionando sobre su propia experiencia desde la perspectiva de su séptima década de vida. Por otra parte, y desde este modo de ver, puede salirse al paso de una lectura del pensamiento de Platón en términos ‘platónicos’ —en el sentido de un lugar común, no por común apropiado—, que cree y quiere ver un filósofo inmerso en el vértigo de las puras ideas, un pensador sola-

⁹ *Ciencia de la Lógica* (1812). Librería Hachette, 1956, 60.

mente abstracto, especulativo e idealista —en el sentido técnico y moderno de la expresión¹⁰.

La *Carta Séptima* es, pues, un texto de inestimable valor. Y el asunto que lo motiva no tiene nada de abstracto: es, en verdad, un episodio más en una larga historia de iniciativas políticas que significaron mucho dolor para Platón. Los por aquel entonces detentadores del poder en Siracusa, Sicilia —también en un episodio mas de una serie de conatos— han escrito al filósofo en busca de consejo y colaboración. En el pasado han quedado los tres viajes de Platón a Siracusa, el asesinato de Dion —líder de los rivales del tirano Dionisio y discípulo dilecto del ya viejo pensador—, una sucesión de intrigas, conspiraciones y revueltas, y el fracaso sistemático de sucesivos intentos por conciliar el poder y la filosofía según el modelo de *La República*. La base de todas las esperanzas había surgido de la amistad estrecha de Dion y Dionisio y, en particular, de la confianza del primero acerca de la supuesta vocación filosófica del gobernante. Con el aval de la palabra de Dion Platón viaja a Sicilia para determinar la posibilidad de inducir en Dionisio el amor duradero por la filosofía y desarrollar un gobierno fundado en la justicia, siguiendo las ideas cobijadas y maduras en la Academia. Ya en Sicilia y a corto andar, Platón cree advertir en Dionisio los rasgos de un impostor en materias filosóficas. Decide, pues, ponerlo a prueba de acuerdo con un procedimiento probado y legítimo: “Conviene a estos hombres, mostrarles en toda su extensión la tarea tal cual es, las obligaciones por las que hay que pasar y cuánto esfuerzo ello supone. El que lo escucha, si realmente es un filósofo y tiene una condición familiar para una tarea de esta importancia, llega a la conclusión de que ha oído hablar de una ruta maravillosa que debe seguirla de inmediato y que la existencia no es vivible para el que proceda de otra manera. En seguida, concentra todas sus fuerzas en ella y en la persona que preside la marcha y no cede hasta que haya llegado al fin de todas sus energías o adquiera la fuerza para que él mismo, prescindiendo del que le señala el camino, pueda tener la capacidad de avanzar solo. De esta manera y con tales pensamientos, lleva su existencia un hombre semejante, aplicándose a sus ocupaciones cualesquiera que ellas sean, pero sujetándose por encima de todo y siempre a la filosofía y a un régimen de alimentación cotidiano que pueda convertirlo en un hombre sabio y de notables

¹⁰ Me oriento al respecto por los análisis de Gastón Gómez Lasa: *Estudios Platónicos*. Departamento de Lenguas Clásicas, Universidad de Chile 1972.

condiciones para aprender, recordar y pensar, y que sienta odio profundo por el régimen que conduzca al género de vida opuesto. Pero los que realmente no son filósofos, pero sí se han dado un barniz con algunas opiniones al igual que los que han tostado sus cuerpos bajo el sol, al ver cuántas disciplinas de estudio hay, la magnitud del esfuerzo y el régimen de vida moderada que corresponde a esta labor, llegan a la conclusión de que es difícil e imposible para ellos y que ni se harán capaces de practicarlos, y algunos de ellos se convencen de que ya han escuchado bastante respecto de todas las situaciones y que no han menester de ninguno de estos trabajos. Esta llega a ser la prueba manifiesta y más segura para los cómodos e incapaces de esforzarse, de manera que no pueden descargar la responsabilidad en quien les señala el camino, sino en sí mismos, por tener la capacidad de practicar todos los estudios conducentes al tema. Así fue el tenor de las palabras que yo dirigí en ese entonces a Dionisio¹¹.

Este es un pasaje característicamente socrático y platónico. La filosofía implica un esfuerzo sostenido, una dedicación permanente que moviliza íntegramente las facultades del sujeto, un camino dificultoso, una disciplina perseverante. No se llega a la filosofía por atajos, en una excursión pasajera, por una senda sosegada y placentera, eximiéndose de los sacrificios, esperando cosechas sin lo arduo de las siembras. El impostor, está claro, quiere abstenerse del esfuerzo y obtener los frutos del conocimiento como por arte de magia, gratuitamente. De hecho, elude los sacrificios y presume haber alcanzado los resultados. Por otra parte, y esto también es algo característicamente socrático y platónico, la filosofía supone un género de vida basado en la moderación y el autodominio. La magnitud de este proyecto de vida, presentado a los ojos del aprendiz, basta para espantar al falso pensador. El género habitual de vida en la corte de Dionisio no era, precisamente, el más apropiado para la filosofía. Así, la prueba platónica obtiene el resultado de poner a la vista el carácter absolutamente espurio del supuesto amor del gobernante por la filosofía. El juicio de Platón es categórico: "Pero, éste (Dionisio) no tenía ninguna condición especial para llegar a aprender y sí una afición extraordinaria para los honores. Le agradaban los rumores que sobre él circulaban y se avergonzaba de que saliera a la luz que nada había aprendido mientras yo permanecí allí"¹². El filósofo-

¹¹ *Carta Séptima*. Departamento de Lenguas Clásicas, Universidad de Chile, 1975, 24-25. Traducción de Gastón Gómez Lasa.

¹² *Op. cit.* 22.

fo cuenta en su carta que, con todo, Dionisio “pretendía estar en conocimiento de muchas y muy importantes materias”¹³.

Sin lugar a dudas, es esto lo que perfila más definitivamente al impostor intelectual. Aparenta saber lo que, en rigor, no sabe. El impostor actúa, es evidente, en la dimensión de la apariencia; es, por así decir, pura forma sin contenido, un despliegue de ademanes y fraseología que no tienen correspondencia detrás suyo, sombra sin cuerpo, imagen sin objeto. De aquí que el impostor pueda sorprender a todos aquellos que se guíen por las primeras impresiones y permanezcan en ellas, creyendo que detrás del despliegue artificioso hay realmente algo sólido, una formación laboriosamente obtenida, un correlato de la apariencia. Lo que Platón narra como su prueba es, indudablemente, una averiguación por detrás de la apariencia, un desmascaramiento de la actitud pretenciosa. Visto así, el género de vida fundado en la moderación y el autodomínio aparece como una condición necesaria pero no suficiente de la dedicación filosófica. En efecto, un género tal de vida podría conducir, por ejemplo, a la ataraxia de los estoicos, a la reducción del cínico o al retiro monástico, y no necesariamente a la filosofía. Lo fundamental que tener en cuenta con el impostor es, por ende, que no tiene en su haber la dedicación, el esfuerzo, la disciplina que el oficio filosófico implica. Pretende, eso sí, tenerlo, una pretensión que sólo el pensador genuino está en condiciones de constatar como fraudulenta.

En un pasaje realmente lapidario, Platón completa la constatación de la falsía de la ‘vocación’ filosófica de Dionisio: “Sé de oídas que posteriormente escribió un libro sobre materias que él escuchó en esa fecha, como un producto de su propia técnica y no de las enseñanzas que de otros recibiera. Pero, en rigor, nada sé de ellas. Eso sí que sé que hay otros que han escrito acerca de estos mismos temas, pero ¿quiénes? Ni siquiera ellos mismos los conocen. Pero respecto de todos los libros que se han escrito o se escribirán y que afirman conocimiento de todos los temas por los que me preocupó, ya sea porque lo han aprendido de mí o de otros, ya sea porque los han descubierto ellos mismos, tengo que explicar lo siguiente: no existe un trabajo mío sobre estas materias ni existirá jamás, porque no es materia para ser expresada como ocurre con otras disciplinas, sino que es el resultado de un gran contacto con el tema mismo y de un convivir con él, lo que permite que, de improviso, como si saltara una chispa de fuego, brota la luz en el alma que se

¹³ *Op. cit.* 25.

alimenta de sí misma... También de esto estoy seguro, de que todo lo que se haya escrito o dicho sobre estas materias nadie podría hacerlo mejor que yo, y que una exposición defectuosa a nadie pesaría más que a mí¹⁴. El tono de estas líneas podría parecer sospechosamente pedante y en exceso autorreferente. Pero, sin duda, es algo que a un Platón le está sobradamente permitido y que la tradición filosófica occidental ha consagrado de modo inamovible¹⁵. Así, pues, el juicio de Platón sobre Dionisio resulta aplastante y definitivo.

Ahora bien, en todo esto laten cuestiones de importancia. Esta colisión que enfrenta a Platón y a Dionisio tiene que rescatarse de lo estrictamente histórico y de lo meramente anecdótico. Los personajes cambian, también las circunstancias, pero hay un sustrato común que sobrevive: la filosofía implica una constante denuncia del falso saber y la impostura. Precisamente porque se trata de una disciplina que se somete a prueba en el tiempo, en el que ninguna prisa puede apurar lo que no ha madurado, en el que ninguna presión artificial puede hacer florecer lo que no ha germinado suficientemente, ocurre con frecuencia que las primeras impresiones no puedan desmentirse o corregirse con prontitud, que los pronunciamientos, las declaraciones y las declamaciones no puedan contrastarse; que, en suma, no pueda desarrollarse una verificación categórica e inmediata. De esta indeterminación temporal se alimenta la impostura. De ahí que la sola vía por la que puede producirse el desenmascaramiento explícito de la impostura sea la denuncia realizada por una figura suficientemente creíble, una autoridad intelectual respecto de la cual la impostura no pueda resistir la comparación. En los casos que hemos considerado hasta aquí, la intervención esclarecedora ha sido provocada por sucesos contingentes suficientemente cruciales: las acusaciones de Anito, Meleto y Licón, en el caso de Sócrates; la carta de los amigos y parientes de Dion, en el caso de Platón. En ambos ejemplos, la filosofía se ve llamada a autodeterminarse pública y taxativamente como esencialmente diferente y naturalmente opuesta a la impostura intelectual.

¹⁴ *Op. cit.* 25.

¹⁵ Aunque pudiera ser considerada una afirmación algo exagerada, el filósofo británico Alfred North Whitehead llegó a decir que podría caracterizarse a la tradición filosófica europea como una serie de notas al pie de los diálogos de Platón, juicio que está contenido en su obra *Process and Reality* (Alfred N. Whitehead, 1929).

2. Nadie podría poner en cuestión el carácter de verdadero signo de los nuevos tiempos que fue el *Elogio de la Locura*¹⁶ y, menos aún, dudar de lo representativa de la figura de Erasmo de Rotterdam (1466-1536). Su influencia intelectual cruzó fronteras y llegó a ser universal en el mundo cultural de la época. Fue el líder indiscutido del nuevo humanismo. Precisamente por su importancia viene a ser tan revelador que la denuncia de la impostura intelectual ocupe un lugar tan preponderante en el *Elogio*. Consistiendo en una variedad de afirmaciones, este humanismo es, igualmente, una reacción contra el estancamiento intelectual y el dogmatismo característicos de la escolástica medieval. Por ello es vital tener un perfil de este contrapunto y, en particular, de las prácticas sometidas a la crítica.

La filosofía escolástica aparece, ante todo, como una filosofía apegada estrictamente a los dogmas de la Iglesia cristiana; de aquí que sea, por sobre todo, teología. Por otra parte, se trata de un pensamiento apegado a la autoridad de Aristóteles y, más precisamente, de su lógica silogística. Hegel lo formula así: "La consecuencia de esta determinación es que el pensamiento se comporte, esencialmente, como algo deductivo, ya que tal es la característica propia de todo proceso lógico formal. La filosofía escolástica consiste, pues, en un razonar silogístico"¹⁷. Partiendo de premisas absolutas y obediendo los procedimientos formales, el resultado es un pensamiento que gira indefinidamente sobre sí mismo, en un universo cerrado de ideas. Siguiendo otra vez a Hegel: "Pues, aunque tenga por materia la religión, el pensamiento aparece desarrollado de un modo tan sutil y argucioso, que esta forma de un entendimiento vacío no hace más que dar vueltas y más vueltas a una serie de combinaciones insondables de categorías"¹⁸. Con algunos siglos de perspectiva, Hegel considera esta filosofía escolástica como una barbarie intelectual. Para ser justos, y aunque con énfasis diferentes, un juicio semejante merecía esta filosofía a no pocos de los espíritus más prominentes del pensamiento de la época. En verdad, en muchos de sus aspectos la escolástica era fácilmente vulnerable a la ridiculización. Entre una intrincada abstracción y una no menos intrincada trivialización, las ideas se volvían arbitrarias, antojadizas y hasta disparatadas. Pero, mientras que en el caso de los pensadores más des-

¹⁶ Aguilar Ediciones, 1962.

¹⁷ *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía* (1833). Fondo de Cultura Económica, 1955, 110.

¹⁸ *Op. cit.* 150-151.

tacados de la época la crítica se mantiene en los marcos disciplinarios, eruditos y técnicos, con Erasmo se vuelve denuncia desatada, con un lenguaje incisivo y exento de rodeos, lleno de ironía y no disimulada indignación, y dirigido específicamente a la impostura intelectual en tanto género de actividad radicalmente apartado de la genuina reflexión. En rigor, el *Elogio* es una verdadera crítica general de las costumbres y en ese contexto se desarrolla la denuncia de la impostura intelectual. La necedad es, con Erasmo, una gran metáfora, un recurso para desenmascarar, por de pronto, al personaje que, en primera persona, demuestra tener el mundo en sus manos y hacerlo funcionar a su antojo. En su propósito de mostrar el imperio de la necedad en todos los planos de la vida humana, Erasmo examina su presencia entre quienes aparentan saber lo que no saben y pretenden pasar por sabios —entre otros, los retóricos, los gramáticos, los poetas, los escritores, los dialécticos, los filósofos, los teólogos, etc.—, y desarrolla un verdadero inventario de los recursos de la impostura.

Por ejemplo, la jerga de los retóricos, “que piensan hacer maravillas encajando de cuando en cuando en sus discursos latinos algunas palabras griegas, con las que hacen, aunque no venga a cuento, una especie de mosaico. A falta de términos exóticos, desentierran de algún viejo pergamino cuatro o cinco palabras anticuadas, cuya oscuridad ofusque a sus lectores, para que aquellos que las entiendan se complazcan más y más con ello, y los que no, los admiren tanto más cuanto menos comprenden”¹⁹. En cuanto a los gramáticos, dice Erasmo: “nada hay más divertido que cuando dos de estos pedantes se prodigan mutuas alabanzas y elogios, y se rascan recíprocamente”²⁰. De los dialécticos, afirma: “hombres locuaces [...] uno solo podría luchar en charlatanería con veinte comadres escogidas [...] armados con dos o tres silogismos, no vacilan en atreverse a discutir con cualquiera y acerca de cualquier cosa”²¹. Sobre los filósofos —léase escolásticos— Erasmo es particularmente irónico: “dicen ser los únicos que saben [...]. En tanto, la Naturaleza se ríe lindamente de ellos y de sus hipótesis, porque no conocen nada con certeza, como lo demuestran palmariamente las interminables disputas que mantiene entre sí acerca de cualquier cosa. No saben absolutamente nada, y pretenden saberlo todo [...] pero no les

¹⁹ *Elogio de la Locura*. Op. cit. 54.

²⁰ Op. cit. 267.

²¹ Op. cit. 280-281.

impide afirmar que perciben las ideas, los universales, las formas abstractas, la materia, los quidditates, los accetates, cosas, en verdad, tan imperceptibles que, a mi juicio, ni el mismo Linceo las hubiese visto con claridad”²².

Pero, no cabe duda, refiriéndose a los teólogos de la época el tono de Erasmo sube de intensidad y se vuelve particularmente mordaz, disparando sus dardos contra las artificiosas construcciones terminológicas: “De tal modo se hallan protegidos por un cortejo de definiciones magistrales, de conclusiones, de corolarios, de proposiciones, explícitas e implícitas, y tan bien provistos de refugios, que no podrían enredarse ni en las redes de Vulcano, porque se escurrirían de ellas a fuerzas de estos distingos que cortan todas las mallas, con palabras recién buscadas y términos oscuros...”²³ “Hay todavía una multitud de estúpidas sutilezas, cien veces mayores que las anteriores, acerca de las nociones, las relaciones, las formalidades, las quidditates y accetates, que se escaparían a los ojos más penetrantes... Añadid a esto aquellas sentencias tan paradójicas que, a su lado, los oráculos de los estoicos, conocidos como paradojas, parecen máximas groseras y propias de charlatanes callejeros. Pero estas sutilezas tan sutiles, las convierten en arquitecturas de sistemas escolásticos, pues más pronto se saldría de un laberinto que de esa maraña de realistas, nominalistas, tomistas, albertinos, ockamistas, escotistas, etc., y no he nombrado todas las sectas, sino las principales, en todas las cuales hay tanta erudición y tantas dificultades que, en mi opinión, los mismos apóstoles necesitarían una nueva Venida del Espíritu Santo si tuvieran que disputar sobre estas materias con esta nueva especie de teólogos”²⁴.

En un alarde de estilo sarcástico, el humanista sugiere una extensión del éxito de la necedad de los escolásticos a otro ámbito de la vida de la época: “Por eso, a mi parecer, procederían cuerdamente los cristianos si en vez de enviar contra los turcos y los sarracenos esas grandes falanges de soldados, que desde ha tantos años combaten sin éxito, mandaran a los alborotadores escotistas, a los terquísimos ockamistas, a los invictos albertistas y, en fin, a toda la turbamulta de los sofistas, pues creo que habrán de presenciar la más graciosa batalla y una victoria nunca vista”²⁵.

²² *Op. cit.* 283, 284, 285 y 286.

²³ *Op. cit.* 288.

²⁴ *Op. cit.* 292, 293 y 294.

²⁵ *Op. cit.* 300.

La repulsa intelectual de la escolástica llegó a ser universal y representó, prácticamente, una condición del espíritu nuevo. Para la nueva estirpe de pensadores, la escolástica representaba con sus extravíos la imagen de lo que no querían ser, el modelo que había que dejar atrás. Fue, después de todo, un proceso largo, una génesis lenta y esforzada, no exenta de tragedia. En el siglo XIV, Petrarca y Boccaccio habían dicho lo suyo. Por la misma época del *Elogio*, Rabelais escribe y edita por partes *Gargantúa y Pantagruel*, una obra literaria imperecedera, una cumbre del lenguaje irónico con ácidas diatribas contra el pensamiento escolástico. Poco después del *Elogio*, la crítica de la autoridad de Aristóteles seguía acarreado serias dificultades, como ocurrió de hecho con Petrus Ramus y su *De cómo no es verdad todo lo que enseña Aristóteles*. El valor, el estilo, lo universal de su crítica, hicieron de Erasmo y su *Elogio* lo más representativo e inspirador, un punto obligado de referencia. Una vez más, la filosofía y la ciencia experimentaron un nuevo impulso sobre la base de cuestionar la tradición, particularmente en su dimensión formalista, árida y dogmática, o sea, en lo que tenía de impostura intelectual.

3. Existe, en nuestro tiempo, una masiva producción de textos que se plantean el problema del estatuto y la idoneidad de las ciencias sociales; estrictamente hablando, se preguntan sobre los fundamentos de caracterizar como 'ciencia' este tipo de reflexiones e investigaciones. El asunto tiene muchos puntos de abordaje, sea que se busque atenuantes o agravantes a lo categórico de la postura descalificadora. Acaso, y en la medida en que resulta pertinente a nuestro objeto, deba atenderse ante todo a una consideración como la siguiente: las investigaciones sobre los fenómenos sociales y la filosofía misma tratan de asuntos, temas y cuestiones que tienen el rasgo de lo intangible y, con demasiada frecuencia, de lo inobservable en sentido alguno. Sin que ello pueda significar por sí solo la descalificación automática de toda elaboración sobre objetos de tal inasibilidad, es evidente que el terreno se presta permanentemente al desarrollo de una inquietante atmósfera de impunidad, en la que la impostura florece como maleza incontenible. Esto es lo que justifica la existencia de las posturas positivistas, no en cuanto conjunto de afirmaciones teóricas últimas sobre la naturaleza de la realidad física o social, sino en tanto llamadas de atención intelectual, por ejemplo en relación a los usos y abusos del lenguaje, así como contrapunto de mesura y sensatez frente a muchos excesos, como cribas importantes en la obtención de las cartas de ciudadanía intelectual. En consecuencia, y sin los puntos absolutos de referencia que per-

mitan dirimir las diferencias de una vez y para siempre, resulta altamente problemático determinar la línea divisoria que separa lo idóneo y genuino de lo que no lo es. De ahí que sean bienvenidos todos los intentos de trazar fronteras claras.

Es el caso de dos libros de la segunda mitad del siglo pasado, que han significado hitos en la denuncia de la impostura en las ciencias sociales: *Achaques y manías de la sociología contemporánea y ciencias afines*²⁶, de Pitirim Sorokin, y *Las ciencias sociales como formas de brujería*, de Stanislav Andreski²⁷. No puede ser sorprendente, en absoluto, la sistemática ausencia de estos textos en la bibliografía de la aplastante mayoría de las publicaciones disponibles sobre las disciplinas en ellos aludidas.

Sorokin inicia sus análisis con la siguiente proposición general: "Cualquier ciencia, en cualquier momento de su existencia histórica, contiene no sólo verdades, sino también verdades a medias, fingidas verdades y patentes errores. Eso ha sido especialmente cierto en las disciplinas sociales y psicológicas, pues la complejidad de los fenómenos [...] permite que muchas falacias se consideren como la última palabra de la ciencia"²⁸. El calificativo de 'falacia' es, en verdad, bastante formal y considerado, teniendo en cuenta el desarrollo crítico de Sorokin, que abarca desde cuestiones básicamente epistemológicas hasta alcances de sociología del mundo académico. En lo sustancial, Sorokin ve las ciencias sociales penetradas por un saber pretendidamente tal que, sometido a análisis, se revela engañoso; pero, y esto es lo más llamativo, el cuestionamiento apunta a gente específica. Incluso más, a grupos específicos de investigadores relacionados con la dinámica de grupos, el conductismo, el funcionalismo o el marxismo. La secuencia crítica puede sintetizarse en algunos temas centrales.

a) *El complejo de descubridor*. Sorokin alude así al habitual recurso de juzgar la propia investigación como inédita: según él, ello es posible porque se padece de amnesia, la que explica el olvido de los predecesores. Por supuesto, puede que se trate de amnesias deliberadas. Pero, en lo fundamental, se trata de ignorancia. De este modo, el pasado intelectual no existe y se puede sobredimensionar a gusto el valor de lo que se proclama hoy. Sorokin afirma que la mayor parte de lo que los psi-

²⁶ Este texto data de 1956. Aguilar Ediciones, 1964.

²⁷ El original inglés es de 1972. Taurus Ediciones, 1973.

²⁸ *Achaques y Manías de la Sociología Contemporánea y Ciencias Afines*. Op. cit., 13.

cólogos sociales y sociólogos sostienen ser avances inéditos y aportes innovadores está ya formulado en la tradición del pensamiento social.

b) *La elaboración de nuevos términos para viejos conceptos.* Éste es un recurso característico. La formulación de una jerga obtusa permite dar la apariencia de originalidad, ocultando así la superficialidad de pensamiento. Para Sorokin se trata de meras expresiones verbales, divisibles en tres clases: "(a) una imitación de terminología de las ciencias naturales [...] que tergiversa los sentidos de los términos de la ciencia natural y los convierte o en carentes de sentido o en totalmente falaces [...]; (b) una predilección acientífica por el uso de términos vagos y exagerados [...]; (c) una descripción estúpida de cosas muy familiares"²⁹. El resultado es, a su juicio, un escolasticismo estéril.

c) *La constitución de una sociedad aseguradora de bombos mutuos.* Con esta singular expresión, Sorokin alude expresamente a los procedimientos autorreferenciales de los autores, estructurando grupos que se apoyan recíprocamente. Con ello, aseguran reconocimiento, prestigio y respaldo. La analogía con el recurso de los testigos falsos es demasiado evidente para que no se tenga en cuenta; se trata de hallar personas que puedan testificar en la dirección deseada —en este caso, que den testimonio de importancia intelectual. Así, el prestigio no resulta de un proceso medianamente objetivo de calificación, sino de un cuidadoso montaje. En este punto, los análisis de Sorokin prácticamente sugieren un abordaje en términos de una psicología de grupos.

d) *El uso sistemático de métodos y técnicas pseudo-experimentales y pseudo-objetivas.* Con bastante certeza, los capítulos dedicados a esta denuncia son lo mejor de Sorokin, en particular por lo que tienen de reivindicación del espíritu científico. Se ponen en movimiento con la crítica de la pretensión de que el método operativo sea el método experimental por excelencia; en lo sustantivo, Sorokin sostiene que la postura operativista implica desconocer el papel de lo intuitivo y lo lógico-matemático en la elaboración científica; en consecuencia, se trata de un reduccionismo inaceptable. Sin embargo, y ello es decisivo, Sorokin niega incluso el valor de los procedimientos 'experimentales' de sus examinados: "...la mayoría de los numerosos estudios 'experimentales' en la sociología y la psicología son, más bien, pseudo-experimentales y tienen una remota

²⁹ *Op. cit.* 48. Esta denuncia de la manipulación del lenguaje recuerda casi espontáneamente a los positivistas lógicos y su rechazo de la supuesta autenticidad de muchos problemas de la filosofía. Por supuesto, la crítica de Sorokin no tiene en absoluto ese alcance.

relación, si es que tienen alguna, con el método auténticamente experimental³⁰. Ninguna de sus investigaciones, presuntuosamente llamadas ‘experimentales’, es experimental en absoluto. Cuando más, representan una arbitraria mezcla de observaciones, manipulaciones estadísticas, obtusas formulaciones de perogrulladas y redescubrimientos de ‘tablas de multiplicar’ que se descubrieron hace siglos, mezcla que es sazónada con ambiciosas y amnésicas pretensiones para sus consecuciones experimentales, de una importancia que hace época, al ‘establecer por primera vez en la historia humana’ la ciencia de la dinámica de grupo y de la estructura de grupo. Todas estas gargantuescas pretensiones pueden desecharse cómicamente”³¹.

Paso a paso, la acusación va adquiriendo envergadura, alcanzando peso por la suma de antecedentes imposibles de subestimar. Sorokin dirige igualmente sus disparos contra lo que llama la testomanía y la cuantofrenia. En pasajes de fina ironía y de gran estilo polémico, arremete contra los tests de inteligencia afirmando que son imprecisos y poco dignos de confianza, que su supuesta infalibilidad es un mito, que sus mediciones son una pantalla pseudo-matemática para esconder las presunciones arbitrarias de los ‘medicionistas’ y que, en consecuencia, su popularidad no tiene nada que ver con la ciencia. Atacando directamente la manía de someterlo todo a medición —como único recurso o el más decisivo, de todos modos—, Sorokin desenmascara el abuso de la estadística y precisa los términos en que la información que proporciona pueda resultar científicamente valiosa. En lo sustantivo, “ninguno de estos métodos es infalible y autosuficiente. Cada uno de ellos requiere una confirmación probativa por parte de todos los otros métodos, y el método estadístico no es una excepción a esta regla. Por tanto, un sano escepticismo respecto a él no sólo es permisible sino necesario por completo”³².

Una pobre teoría del conocimiento, un pseudo-objetivismo, una insignificante creatividad: tal es la conclusión a la que cabe llegar con relación a muchas investigaciones, estudios y propuestas de las ciencias sociales de la época de Sorokin. La dimensión resultante de la impostura es innegable. El arsenal crítico de Sorokin no puede ser mas explícito: milagros subjetivos, trivialidades evanescentes, valoraciones arbitrarias, innovaciones puramente verbales, perogrulladas, estériles

³⁰ *Op. cit.* 234-235.

³¹ *Op. cit.* 243. Lo de “gargantuesca” es, ciertamente, una alusión a Rabelais.

³² *Op. cit.* 203.

tautologías, aserciones dogmáticas, pedante abstracción, círculos viciosos, acumulación de elementos disparatados, vaguedad de ideas, presunciones erróneas, torpe imitación, engañosas analogías, conclusiones unilaterales, terminología pseudo-científica, sobreabundancia de felicitaciones mutuas, abortos intelectuales, picadillos eclécticos, definiciones mal hechas, etc..

Hacia el capítulo final del libro, su balance arroja un resultado abrumador: "Quizá la corroboración más convincente de los puntos débiles discutidos de la sociología y la psicología modernas es el hecho de su insignificante creatividad. Aunque centenares de miles de investigadores han estado trabajando en las especialidades psicosociales durante más de un cuarto de siglo; a pesar de las millones de horas y de la indecible energía gastada en las investigaciones sociológicas y psicológicas; de los millones de dólares invertidos en estas investigaciones y de los millones de cursos y seminarios dados sobre estas disciplinas en las universidades; de la prodigiosa expansión de la industria psicosocial, los resultados netos creadores han sido desilusionantes"³³.

Esta montaña engañosa —porque su elevación es absolutamente artificial— constituye un obstáculo de grandes proporciones, un callejón sin salida. Las ciencias sociales requieren, por tanto, de un renacimiento, una reconstrucción integral. No cabe que reproduzcamos en estas líneas la proposición teórica que Sorokin perfila, pero podemos hacernos una idea de su envergadura. Por ello, también, podemos hacérsola de la gravedad que atribuye a la crisis y del monto de la responsabilidad que en ella cabe a la impostura. Se advierte que la posición de Sorokin sigue una orientación que es fácilmente identificable: cualquiera sea el grado de complejidad que pueda alcanzarse en una meditación epistemológica; cualquiera sea el status que se decida dar a uno u otro de los momentos que aparecen en la realización concreta de una disciplina determinada; cualquiera sea el énfasis con que se dé más valor a problemas como los de la formulación de hipótesis, la generalización, la lógica de la justificación; cualquiera sea, incluso, la diferencia observable en las definiciones de ciencia, hacer ciencia consistirá siempre en someter los conceptos construidos a contraste, en un proceso de búsqueda del conocimiento que estará siempre abierto. Ninguna idea podría eludir indefinidamente la obligación de ser sometida a la aduana de los procedimientos de comprobación. En consecuencia, esta práctica permanente de la ciencia concreta jamás podrá respaldar a la

³³ *Op. cit.* 397.

impostura. Por supuesto, en nombre de la ciencia no puede censurarse la libre producción de ideas —por exóticas o antojadizas que pudieran ser en el momento de su formulación— pero, por otra parte, toda idea que pretenda adquirir carta de ciudadanía intelectual y, en particular, científica, no puede rehuir ser sometida a prueba y juzgada por sus resultados. Esta criba permite al pensamiento genuino resistir las amenazas permanentes de la impostura.

La visión de las ciencias sociales sustentada por Stanislav Andreski tiene clara semejanza con el diagnóstico de Sorokin, y con toda probabilidad el libro de Sorokin ha inspirado el de Andreski. Hay algunas afirmaciones de Andreski que pueden considerarse como una plataforma desde la cual desarrolla sus análisis: por ejemplo, que en todos los tiempos la cantidad de pensadores ha sido siempre poca y que, por tanto, es grande la proporción de gente dedicada al trabajo intelectual que no logra niveles rescatables. Andreski llama a no engañarse al respecto; sostiene, igualmente, que en toda sociedad con altos índices de alfabetización, siempre hay gente que escribe disparates sobre todos los temas imaginables; afirma, por otra parte, que dados el prestigio y estatus que puede conferir, la investigación científica ha atraído a grandes contingentes de oportunistas que, en el pasado, se habrían dedicado a la teología dogmática o a la predicación.

El contingente de esta impostura pasa, hoy por hoy, por contingente científico. Son un moderno caballo de Troya, imagen que Andreski elige para caracterizarlo. En el arsenal de los infiltrados figura, ante todo, el manejo pirotécnico del lenguaje; como ya lo hemos advertido, ésta es una dimensión siempre presente en el impostor intelectual. Una jerga permite identificación y diferenciación, da la apariencia de novedad, provoca la ilusión de un contenido profundo e importante y de su dominio intelectual por parte del manipulador terminológico, y genera un marco de impunidad, dada la imposibilidad de verificación. Es, evidentemente, una gran cortina de humo, un recurso enmascarador por excelencia. Y Andreski no trepida en sus calificativos: retórica huera, verbosidad ambigua y pretenciosa, contorsionismo literario, fraseología pseudo-científica; como no duda en denominar a sus usuarios: traficantes de jerigonza.

Entre las tendencias que han proporcionado material interminable a los impostores, Andreski señala el marxismo, el psicoanálisis, el existencialismo, el estructuralismo, el funcionalismo, la teoría de la información, la teoría de la comunicación, entre otras. Por cierto, no está sosteniendo que esas orientaciones constituyan imposturas por sí mismas, pero, hay que admitirlo, han sido estímulo decisivo para ellas en la

medida en que han caído en la recurrente tentación de autoproclamarse la interpretación verdadera y definitiva, en la medida en que han adoptado ademanes dogmáticos y sectarios y han hecho gala de soberbia intelectual incansable. En esa medida han traspasado el límite y han penetrado hondamente en una dimensión reconociblemente ideológica. De ahí que Andreski sostenga con insistencia que, en una proporción bastante decisiva, la retórica pseudo-científica en las ciencias sociales deba reducirse a propaganda: ésa es, en propiedad, su caracterización más certera, siempre, claro está, bajo la forma de pretendidas neutralidad y objetividad. El gusto por la mera forma delata al impostor. Su pretensión, lógicamente, es que hay un contenido que confiere sentido y fundamento a sus artilugios; en suma, que su pirotecnia es conocimiento estricto. Y no hay nada que revele mejor a este idólatra de las formas que su sujeción incondicional al método, a las técnicas y procedimientos que, respetados estrictamente, asegurarían la obtención del saber. La denuncia de esta idolatría está entre lo mejor logrado del despliegue crítico de Andreski.

Para cualquier observador experto, la atención prestada a la metodología excede el sentido de la medida: puede hablarse sobradamente de una escolástica metodológica. Según Andreski, se trata de un desplazamiento de la importancia desde los fines a los medios: “El énfasis excesivo sobre la metodología y las técnicas, como también el elogio de las fórmulas y los términos de aspecto científico, ejemplifican la tendencia común [...] a desplazar el valor del fin hacia los medios: algo originariamente valorado sólo como medio para alcanzar un fin llega a ser valorado por sí mismo, con olvido del fin original. Un sociólogo o un psicólogo obsesionado con los sistemas, la jergonza y las técnicas se parece a un carpintero tan ocupado en mantener limpias sus herramientas que carece de tiempo para trabajar”³⁴. Un poco más adelante, Andreski reitera su argumento: “Sin embargo, a pesar de la ingenuidad de sus recetas, los exponentes de los métodos cuantitativos de investigación social excesivamente refinados me recuerdan las viejas películas de Laurel y Hardy o Charles Chaplin, donde uno veía a los boxeadores ensayar sus músculos, hacer enérgicas flexiones de rodillas, poner caras siniestras y gestos amenazadores y agitar luego los brazos en el aire sin llegar nunca a dar un golpe”³⁵.

³⁴ *Las Ciencias Sociales como formas de Brujería. Op. cit.* 134.

³⁵ *Op. cit.* 140.

En un alarde de penetración lógica y espíritu intelectual, Andreski sintetiza sus ataques a la idolatría metodológica acusándola de un olvido fundamental: el más esencial de los métodos de investigación es el pensamiento libre de prejuicios. Esto entronca con uno de los grandes temas de la lógica filosófica. Lo que viene a llamarse ‘método’ no es, en último análisis, sino un determinado camino seguido por el pensamiento. Determinados logros conducen a una conversión de ese camino —uno entre otros posibles— en ‘el’ camino que seguir. Pero, sin duda, la consagración de un método como el único camino que respetar significa reducir la variedad de experiencias posibles del pensamiento, coartar la imaginación y la aventura, poner ataduras a la creación. El pensamiento ha escapado siempre de las limitaciones dogmáticas: lo cual no es una afirmación romántica, sino un hecho comprobable en la historia de las ideas. Es explicable, por ello, que la impostura se retrate a sí misma cayendo en el más elemental de los equívocos: estructurar una forma fija, definitiva y de una vez para siempre, en la que maniatar el pensamiento y luego proclamar que la ciencia consiste en la sujeción y obediencia ciegas a estos cánones. Esa pretensión equivale, exactamente, a la anti-ciencia, a la anti-filosofía³⁶.

Hay todavía otro aspecto que resalta de la obra de Andreski, en el que cabe detenerse y en el que nuestro autor avanza más allá de lo que Sorokin se planteó antes. Se trata de un bosquejo de sociología de la impostura o, acaso, de una psicología social de los impostores organizados como grupos. Andreski argumenta que “cada oficio, cada ocupación, tiende hacia el principio de que ‘entre bueyes no hay cornadas’. Las profesiones antiguas y exclusivistas, tales como el derecho y la medicina, enfatizan esta norma hasta el punto de conferirle el halo de un canon fundamental de la ética. Los enseñantes, también, condenan al ostracismo a aquellos que critican a sus colegas y socavan su posición ante los ojos de sus discípulos”³⁷.

El principio zoológico en cuestión tiene claras funciones de cohesión del grupo, de autoprotección respecto de las amenazas externas y de obtención de ventajas pecuniarias u honoríficas. Esto explica la ver-

³⁶ El rechazo de la inmovilización del pensamiento bajo una forma rígida caracteriza a los grandes pensadores, tanto en la filosofía como en la ciencia. Una ejemplificación magistral, entre otras, se halla en *Ciencia de la Lógica* de Hegel, particularmente en la Introducción.

³⁷ *Op. cit.* 16.

dadera institucionalidad alcanzada por la impostura y permite afirmar a Andreski que, en general, las instituciones de investigación no sirven para el pensamiento creativo. Lo cual nos lleva a lo que parece ser su convicción central: la impostura ha sido siempre más rentable que la verdad. La multiplicación espectacular de organizaciones con finalidades de conocimiento constituirían algo respecto de lo cual no cabe engañarse: en época ninguna la aventura del pensamiento creador ha podido ser institucionalizada. Muy por el contrario, su grandeza y desarrollo han implicado siempre el choque, la ruptura con las estructuras establecidas, incluidas las científicas. Surge, pues, la sospecha sustantiva de que la institucionalidad contemporánea del saber organizado, que proclama el conocimiento como su finalidad primordial, cumple, en verdad, funciones radicalmente opuestas a los propósitos declarados. En una era en la que lo 'científico' se ha convertido en criterio absoluto de referencia y mecanismo de recompensa social y profesional, y resulta ser el procedimiento de justificación automática de cualquier tipo de información o de gestión, lo que tenemos ante todo no es el modelo históricamente consagrado de búsqueda y obtención de conocimiento, sino una poderosa institución. Evidentemente, es este conjunto de inferencias el que lleva a Andreski a sostener que mucho de lo que hoy pasa por estudio científico de la conducta se reduce a un equivalente de la brujería³⁸.

En el último párrafo del último capítulo de su libro, Andreski clausura así sus consideraciones: "Los pioneros del racionalismo prorrumpieron en invectivas contra los dogmas tradicionales, ridiculizaron las supersticiones populares, libraron batallas contra sacerdotes y hechiceros y los censuraron por fomentar y aprovecharse de la ignorancia de las masas, esperando que una victoria final de la ciencia aboliría para siempre los males de la sinrazón y el engaño organizado. Apenas sospecharon que en el campo de la ilustración aparecería un nuevo caba-

³⁸ El concepto de "brujería" presenta no pocos problemas. Si nos guiamos por los argumentos de Andreski, aludiría a un conjunto de técnicas y poderes relativos a la conducta humana que, a los ojos del observador, no experto, poseerían ciertas personas especiales. Se trataría de un caso de superstición. De hecho, tendrían ciertos poderes cognitivos y prácticos en la medida en que la gente crea que los tienen, fenómeno que podríamos comprender en función de una idea como la de "profecía autocumplida"; sobre este último tema, Robert K. Merton (1949): *Teoría y Estructura Sociales*. Fondo de Cultura Económica, 1964, XIII.

llo de Troya, lleno de hechiceros aerodinámicos ornados con la última parafernalia de la ciencia”³⁹.

4. Como demuestran los textos de Sorokin y Andreski, las humanidades y las ciencias sociales han sido escenarios propicios para la diseminación de modas, pseudo-investigación y franca impostura. En particular, ello ocurre en esa franja difícil de identificar que dice relación con el estatus de las disciplinas. Como han planteado muchos autores, una tentación ha consistido en vestirse con ropajes de ciencia natural; sólo que, como reza el dicho, aunque la mona se vista de seda, mona queda. En algunos casos, se trata de imitar la jerga o algún otro aspecto particular o, simplemente, usar la ciencia natural como recurso general de autoridad. Sin lugar a dudas, las humanidades y las ciencias sociales enfrentan el problema de lo intangible y lo inobservable. Mientras en áreas como la medicina, la química, la geología o la astrofísica, resulta extremadamente difícil que alguien pueda pasar por especialista sin serlo, en las humanidades y las ciencias sociales las posibilidades de que ello ocurra están siempre latentes, y con el agravante de que no existen procedimientos que permitan desenmascarar convincentemente el engaño.

Sobre este particular, y tomando como lapso de tiempo la segunda mitad del siglo recién pasado, ningún episodio como el *affaire* Sokal califica tan apropiadamente como la colisión entre actividad intelectual genuina e impostura intelectual. El *affaire* recibe el nombre de su protagonista principal, el físico estadounidense Alan Sokal. Este hombre de ciencia comenzó a experimentar una creciente exasperación con la tendencia a hacer referencias a diversas áreas y conceptos de las ciencias naturales por parte de una diversidad de autores provenientes de las humanidades y las ciencias sociales. Según su parecer, se trataba de alusiones abusivas, basadas en desconocimiento y falta de manejo de los conceptos prevalentes en la física y otras disciplinas afines. En suma, dichos autores daban muestra de incompetencia y abundaban en consideraciones acerca de temas que no entendían y simplemente tergiversaban. Sokal identificó a sus rivales: feministas, constructivistas sociales, desconstruccionistas, multiculturalistas, sociólogos de la cien-

³⁹ *Op. cit.* 289. Estos conceptos de Andreski hacen recordar esa corriente de pensamiento que denuncia la conversión del racionalismo en ideología; por ejemplo, Pareto, Habermas o Kolakowski. De este último, por ejemplo, *Racionalismo como Ideología*. Editorial Ariel, 1972.

cia, entre quienes, además, se daban la mano una franca incompetencia en materia científica y una actitud beligerante respecto de la ciencia misma en tanto conocimiento.

El *affaire* mismo se desata a propósito de una iniciativa tomada por el propio Sokal en 1995, consistente en preparar un artículo pretencioso y charlatanesco, sazonado con citas de intelectuales de moda —principalmente franceses— y frecuentes alusiones a la física cuántica y otros desarrollos relevantes en las ciencias naturales. Puso a su texto el llamativo título de “Trasgrediendo las Fronteras: hacia una Hermenéutica Transformacional de la Gravitación Cuántica”. Procedió a continuación a enviarlo a la revista *Social Text*, una publicación muy prestigiada en los ambientes inclinados hacia los estudios culturales, la que lo incluyó en el número 46-47 del año siguiente, 1996. Posteriormente, en la revista *Lingua Franca*, Sokal publica un segundo artículo revelando que el texto entregado a *Social Text* constituye una parodia, elaborada intencionalmente para llamar la atención sobre el estilo de buena parte de la literatura dominante en las humanidades y las ciencias sociales, infectadas con las tendencias de moda identificables *grosso modo* como ‘posmodernas’. La acusación principal era que los autores aludidos usaban irresponsablemente conceptos e ideas tomados de las ciencias naturales, transfiriéndolos con ligereza a otros ámbitos, abusando así de la natural y comprensible ignorancia de los no-especialistas, frecuentemente el tipo de público atraído por los estudios culturales.

De todos los detalles que rescatar, tal vez el más decisivo que tener en cuenta es el hecho de que el comité editorial de *Social Text* aceptó el artículo. Este único aspecto del asunto basta para generar la reflexión. Dicho de una vez, ese comité editorial no tenía las competencias intelectuales apropiadas para detectar el fraude; por eso, aprobó su inclusión. No distinguir entre un trabajo serio y bien elaborado y una pieza de charlatanería constituye la mejor prueba en contra de la revista. Porque ese era precisamente el sentido de la denuncia de Sokal: demostrar que se estaba produciendo una gran cantidad de bibliografía de impostura, al menos en lo que a las ciencias se refiere. Los editores demostraron no ser idóneos para identificar las diferencias. En consecuencia, cabe concluir que, al menos, los criterios para determinar si un artículo se publicaba o no eran de dudosa especie.

El escándalo se expandió rápidamente y se produjeron cientos y cientos de artículos, críticas y contra-críticas, indignaciones, réplicas y contra-réplicas, alusiones étnicas y desautorizaciones de todo tipo. Entre 1996 y el 2000, más o menos, la temperatura ambiental académi-

ca subió por encima de los grados habituales. En su página web personal, Alan Sokal incluyó todos los materiales pro y contra, generando un registro de singular valor para los historiadores de las ideas⁴⁰. El segundo golpe de Sokal fue la publicación, junto al francés Jean Bricmont, del libro *Imposturas Intelectuales*⁴¹, título que no deja lugar a segundas interpretaciones.

Sokal y Bricmont sostienen que su libro tiene dos propósitos. El primero de ellos es denunciar el abuso de los conceptos científicos por parte de connotados autores: “Mostramos que famosos intelectuales como Lacan, Kristeva, Irigaray, Baudrillard, y Deleuze, han abusado repetidamente de los conceptos y la terminología científica: sea usando las ideas científicas totalmente fuera de contexto, sin dar la más mínima justificación [...] sea esparciendo jerga científica entre lectores no-científicos sin ninguna consideración de su relevancia o incluso de su significado”⁴². En este caso, el dedo acusador apunta a una serie de prácticas intelectuales, muy extendidas entre los autores posmodernos: “mistificación, lenguaje deliberadamente oscuro, pensamiento confuso, y mal uso de conceptos científicos”⁴³. El segundo propósito es enfrentar críticamente el relativismo epistemológico, “a saber, la idea [...] de que la ciencia moderna no es más que un ‘mito’, una ‘narración’ o una ‘construcción social’ entre otras”⁴⁴. A falta de un término mejor, estas expresiones pueden considerarse como ‘posmodernismo’: “una corriente intelectual caracterizada por el rechazo más o menos explícito de la tradición racionalista de la Ilustración, por discursos teóricos desconectados de todo

⁴⁰ Un recuento más o menos exhaustivo del caso Sokal y sus implicaciones teóricas está desarrollado en mi ensayo “El ‘Affaire’ Sokal, el Ataque Posmodernista a la Ciencia y la Impostura Intelectual”, publicado originalmente en *Estudios Sociales*, n° 100 y que está incluido en el libro *Ensayos de Epistemología* (Bravo-Allende Editores y Universidad Central de Chile, 2002). Sobre la moda culturalista en los ámbitos académicos, recomiendo la lectura de *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*, de Carlos Reynoso (Gedisa Editorial, 2000).

⁴¹ *Fashionable Nonsense. Postmodern Intellectual's Abuse of Science* (1998). New York: Picador. Existe una traducción al español editada por Paidós.

⁴² *Op. cit.* x.

⁴³ *Op. cit.* xi.

⁴⁴ *Op. cit.* x.

test empírico, y por un relativismo cognitivo y cultural que considere la ciencia como nada más que una ‘narración’, un ‘mito’ o una construcción social entre otras”⁴⁵.

Sokal y Bricmont ponen a la vista algunas de las tácticas usadas en este indesmentible abuso de los conceptos científicos: (a) uso de teorías científicas acerca de las cuales, en el mejor de los casos, se tiene una vaga idea; (b) importación de conceptos desde las ciencias naturales a las humanidades o las ciencias sociales sin la más mínima justificación; (c) despliegue de erudición superficial, manejando términos técnicos en contextos completamente irrelevantes; (d) manipulación de frases carentes de significado, con exhibición de una verdadera intoxicación con palabras. Estas tácticas conforman con frecuencia en la literatura posmoderna casos evidentes de charlatanería. Por cierto, esta enumeración recuerda las mejores páginas de Sorokin y de Andreski y actualiza otra vez el frágil límite en el que se mueven las humanidades y las ciencias sociales. De una parte, está la vulnerabilidad política, esa que intoxicó a las ciencias sociales de la década de 1960, y que dio argumentos a Popper para afirmar que una comprensión de la ciencia no podía fundarse en disciplinas con apego errático a las normas de la competencia intelectual⁴⁶. De la otra, está la vulnerabilidad lingüística, esa tentación de reemplazar la falta de profundidad con jerga y terminología vacías, merecedoras de una mirada nominalista. Resulta paradójico, cuando menos, observar cómo un abierto cuestionamiento de la ciencia moderna (‘occidental’, ‘falocéntrica’, ‘autoritaria’, etc.) va acompañado de un frecuente uso, aunque de impostura, de los conceptos de esa misma ciencia.

Reproduzcamos, y sólo a modo de expediente, algunos detalles del cuestionamiento de Sokal y Bricmont a algunas figuras posmodernas, particularmente en lo relacionado con su uso abusivo y arbitrario de los conceptos científicos. De Jacques Lacan dicen que “al mismo tiempo que proclama ser ‘preciso’, confunde los números racionales y los números imaginarios. No tienen nada que ver los unos con los otros”⁴⁷. Acerca de algunos despliegues algebraicos de Lacan, afirman: “Sus

⁴⁵ *Op. cit.* 1.

⁴⁶ Popper desarrolla esta argumentación durante su participación en el Coloquio de Bedford. Está incluida en Lakatos & Musgrave, ed., *Criticism and the Growth of Knowledge* (1970). Cambridge University Press.

⁴⁷ *Op. cit.* 25.

‘cálculos’ son pura fantasía”⁴⁸. Concluyen que resultan absolutamente arbitrarias las relaciones que Lacan intenta establecer entre psicoanálisis y matemáticas. Y ello, esencialmente, porque en las páginas de Lacan no hay intento alguno por contrastar empíricamente lo que se dice: todo se juega en citas y análisis de textos y conceptos. A propósito de Julia Kristeva y sus reflexiones sobre el Teorema de Gödel, sostienen: “Kristeva muestra que no entiende los conceptos matemáticos que invoca [...]. Gödel demostró exactamente lo opuesto de lo que Kristeva pretende”⁴⁹. Sokal y Bricmont no tienen aprensiones para decir que Kristeva trata de impresionar a sus lectores con palabras fascinantes que “obviamente no comprende”⁵⁰. En lo sustantivo, acusan a esta autora de no desarrollar esfuerzo alguno por justificar la relevancia que ciertos conceptos matemáticos —según ella sostiene— tendrían en la lingüística, la crítica literaria, la filosofía política o el psicoanálisis.

En cuanto a Luce Irigaray, esta autora recurre con frecuencia a conceptos de la teoría de la relatividad de Einstein y a la física atómica. Para Sokal y Bricmont, “desafortunadamente, su conocimiento de la lógica matemática es tan superficial como su conocimiento de la física”⁵¹. Irigaray usa, en uno de sus textos, la expresión ‘aceleraciones sin reequilibrios electromagnéticos’. Nuestros críticos comentan: “Esa expresión no tiene ningún significado en física; es, enteramente, una invención de Irigaray”⁵². Por relación a Bruno Latour, reputado sociólogo de la ciencia, los disparos de Sokal y Bricmont no son menos mordaces. El tratamiento que Latour hace de la teoría de la relatividad de Einstein es una expresión de los problemas a los que se enfrenta un sociólogo cuando intenta analizar el contenido de una teoría científica que no entiende muy bien. En una palabra, Latour malentiende. Y lo central, no tiene ningún fundamento suponer que los conceptos de la teoría de la relatividad tengan alguna implicación para la sociología. Respecto de Braudillard, Sokal y Bricmont detectan una variedad de confusiones científicas, particularmente en relación a la teoría del caos. Sus análisis caen en el terreno de lo absurdo. Baudrillard usa un lenguaje “pomposo y carente de sentido”⁵³.

⁴⁸ *Op. cit.* 26.

⁴⁹ *Op. cit.* 49.

⁵⁰ *Op. cit.* 48.

⁵¹ *Op. cit.* 117.

⁵² *Op. cit.* 108.

⁵³ *Op. cit.* 153.

Gilles Deleuze y Félix Guattari, a su vez, emplean jerga pseudo-científica, llena de afirmaciones sin sentido, banales y confusas. Más aún, desarrollan “mistificaciones sobre objetos matemáticos que han sido bien comprendidos desde hace 150 años”⁵⁴. Sobre Paul Virilio, Sokal y Bricmont aumentan el tono de sus denuncias: “lo que presenta como ciencia es una mezcla de confusiones monumentales y fantasías salvajes. Además, sus analogías entre la física y las cuestiones sociales son de la mayor arbitrariedad imaginable, cuando simplemente no se intoxica con sus propias palabras”⁵⁵. Les sorprende que Virilio copie conscientemente una afirmación que manifiestamente no entiende, desarrolle sobre ella comentarios del todo arbitrarios y, aún así, “sea tomado en serio por los editores, los comentaristas y los lectores”⁵⁶. Virilio es, según ellos, el ejemplo más perfecto de diarrea de la escritura.

Como puede apreciarse, la denuncia es directa y precisa. No se refiere a cada uno de los acusados en el total de su obra sino, exactamente, al uso negligente e incompetente de conceptos y teorías científicas. Sobre el resto de la producción de cada autor, Sokal y Bricmont no se pronuncian. Esta abstención es significativa: quiere decir que suspenden el juicio porque no se (auto)consideran competentes para pronunciarse. Sería una contradicción si lo hicieran, pues ese defecto es precisamente el que ellos imputan a sus acusados: hablar sobre lo que no saben y, en consecuencia, producir charlatanería. Por otra parte, resulta no poco interesante advertir sobre la composición de la muestra de autores elegidos por Sokal y Bricmont; ocurre que la mayor parte de ellos pertenece al mundo académico francés. No es la primera vez que el dedo acusador apunta contra la producción intelectual gala, particularmente en los ámbitos de las humanidades y las ciencias sociales, allí donde se produce una ambigua zona de intersección de reflexión filosófica y literatura, lógica y estética⁵⁷. En 1993, Arthur Asa Berger

⁵⁴ *Op. cit.* 165.

⁵⁵ *Op. cit.* 169.

⁵⁶ *Op. cit.* 172.

⁵⁷ El agudo filósofo francés Jacques Bouveresse ha acuñado el término “litero-filosofía” para referirse a este estilo: *El filósofo entre los autófaños. Una visión crítica de las corrientes actuales de la filosofía francesa*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. En 1999, Bouveresse entra en precisiones con su libro *Prodigios y Vértigos de la Analogía. Sobre el abuso de la literatura en el pensamiento* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2001).

había llamado ya la atención sobre la obsecuencia con que la investigación estadounidense en comunicación de masas se dejaba impresionar por la autores franceses y europeos en general⁵⁸. En términos más ácidos aún, Mario Bunge había dicho lo propio años antes, definiendo el posmodernismo: “Es, simplemente ponerle nombre a esa gran fábrica de basura intelectual que hay en París, la mayor exportadora de basura intelectual del mundo. Por eso ahí van, como moscas, todos los amantes de basura”⁵⁹.

Resulta apropiado, por tanto, sintetizar ahora el esfuerzo de Sokal y Bricmont destinado a identificar los recursos que conforman la impostura de los autores por ellos seleccionados. En un apretado resumen, estos son algunos de esos recursos:

- 1) Indiferencia, cuando no desdén, por los hechos.
- 2) Indiferencia, cuando no desdén, por la lógica.
- 3) Erudición científica excesivamente superficial e irrelevante.
- 4) Uso extendido de jerga aparentemente científica.
- 5) Uso indiscriminado y arbitrario de la metáfora y la analogía.
- 6) Estilo oscuro de exposición como signo de supuesta profundidad.
- 7) Despliegue de generalizaciones arbitrarias.

Seguramente, aunque en una proporción compleja de determinar, la academia universitaria ligada a las humanidades y las ciencias sociales ya no es la misma después del *affaire* Sokal. Por de pronto, la tierra de jauja en la que se convirtieron las cátedras en muchos confines del mundo al son de los estudios de género, los estudios gay, las minorías, las hegemonías, los estudios mediales, y otras especies semejantes de esa cohorte, viene en franca retirada. Y no se trata de los temas políticos —muchas veces absolutamente genuinos—, sino de un curioso y deshinchado modo de hacer trabajo intelectual, un estilo más literario que riguroso, un boleto de entrada a la categoría académica a partir de una indisimulable decadencia de los estándares de calidad de la producción intelectual. Su expresión más grotesca es la política de algunas universidades estadounidenses que conforman sus plantas académicas no en función de la calidad demostrable de los candidatos sino en términos de representación proporcional étnica: un porcentaje de blancos, otro de negros y afros, otro de mujeres, etc.

⁵⁸ *Postmortem for a Postmodernist* (1997). California: Altamira Press.

⁵⁹ En Raúl Serroni-Copello: *Encuentros con Mario Bunge* (1989). Buenos Aires: Ediciones Adip.

Confundiendo el trabajo intelectual con un parlamento político, la calidad es medida en función del lugar de nacimiento y la pertenencia étnica. Lo cual es, por cierto, ridículo. Porque la etnia de cualquiera no es índice de calidad intelectual, porque el género de cada quien no garantiza la solvencia investigativa, y el color de la piel no basta para un doctorado o un *honoris causa*.

Está claro que hay graves problemas de discriminación a lo ancho y a lo largo de este mundo. Pero los adalides denunciados por Sokal equivocaron el lugar y la ocasión para montar sus reivindicaciones igualitarias. En la ciencia, como en el arte o la filosofía, las diferencias las establecen el mérito específico del sujeto y su producción. Ser mujer y ser negra no califica a ninguna persona para la cátedra. Por cierto, tampoco el ser blanco y hombre, amarillo y gay. Confundir estos planos dio respaldo a los modos de lo políticamente 'correcto', esa categoría que enredó a medio mundo y que hoy ya es objeto de humor. La parodia inventada por Alan Sokal fue lo que se dice 'un golpe a la cátedra'. Claramente, la charlatanería, que sigue a la seriedad como la sombra sigue a la luz, experimentó con este escándalo uno de sus mayores bochornos. En pocas ocasiones se había tenido una oportunidad tan propicia para ver al rey tal como iba: desnudo.

Hay todavía una consideración interesante que hacer a propósito de este notable escándalo, y que está en relación con lo generalizado de su impacto. No resulta para nada audaz afirmar que el alcance de sus efectos tiene que ver con las posibilidades comunicativas establecidas por el ordenador, la web mundial y el correo electrónico. De hecho, la más valiosa de las fuentes sobre el *affaire* es la página web del propio Sokal. La disponibilidad de las plataformas informáticas puede explicar la rapidez con que el asunto llegó a todas las universidades y ambientes académicos del mundo y la velocidad que adquirieron los debates. Con un efecto muy cercano a la instantaneidad, su correlato fue la simultaneidad. De no haberse dado las condiciones comunicativas referidas, el *affaire* Sokal se habría limitado a un evento relativamente más localizado y menos influyente.

5. Por cierto, se requiere explicar convincentemente la rápida expansión del discurso posmoderna y su conversión en una moda en las universidades del mundo. Entre otros aspectos del asunto, hay que dar cuenta del por qué esa diseminación tuvo particular éxito en las universidades estadounidenses y algunas estructuras institucionales específicas, como las humanidades. Pero, igualmente, cabe hacerse cargo de las condiciones de posibilidad de estas tendencias, particularmente en ciertas culturas académicas e intelectuales.

A este respecto cabe recordar una anécdota que relata el filósofo estadounidense John Searle: “Recuerdo que una vez, mientras mi mujer y yo almorzábamos con Michel Foucault, le pregunté: ‘Michel, ¿por qué escribes tan mal? He notado que al conversar eres casi tan claro como yo. No hay razón para que escribas tan mal. ¿Por qué escribes de un modo tan oscuro?’ Y recuerdo que él me contestó: ‘Pues, si yo escribiera tan claramente como lo haces tú, los editores franceses juzgarían infantiles mis escritos. Me dirían que lo que escribo es infantil’. Luego me dijo: ‘En Francia debes hacer que al menos un 10% de lo que escribes resulte incomprensible, porque de lo contrario pensarían que lo que haces es demasiado simple, demasiado infantil. No te tomarían en serio, pensarían que no eres profundo’. Algunos años después, con ocasión de dictar clases en el Collège de France, Searle le contó la conversación al sociólogo Pierre Bourdieu. Éste sostuvo que Foucault tenía toda la razón. Respecto del porcentaje, agregó: “yo diría que es más del 10%, mucho más. En Francia debemos hacer que nuestros trabajos sean deliberadamente incomprensibles, de lo contrario la gente no nos tomaría en serio”⁶⁰.

Un público relativamente ilustrado que aprecia la oscuridad y autores dispuestos a proporcionársela constituyen, claramente, un sistema que se retroalimenta. Puede resultar simplemente sorprendente advertir el grado en que este círculo vicioso se reproduce en muchos ámbitos. Un testimonio específico se relaciona con el doctor Fox. Tal es el nombre de un actor de apariencia distinguida y creíble, al que se le asigna una biografía inventada, pero muy impresionante, y que dicta una conferencia sobre un tema del que no tiene ni la menor idea. Ciertamente, se trata de un experimento. La conferencia en cuestión —con el título de “La teoría matemática del juego y su aplicación a la educación médica”— fue dictada tres veces a diferentes grupos formados por trabajadores sociales, psicólogos, psiquiatras, educadores y administradores. Desde el punto de vista del contenido, el asunto estaba atravesado de palabras carentes de sentido, afirmaciones contradictorias, referencias sin base, y una variedad de sofismas. Los auditores respondieron a un cuestionario posterior y, sin excepción, juzgaron lo que escucharon como algo entendible y estimulante y, por tanto, nadie advirtió el engaño. A partir de este evento, cuyos detalles están contenidos en el artículo “La Conferencia del Doctor Fox: un

⁶⁰ Esta anécdota está incluida en el libro *Conversaciones con John Searle*, de Gustavo Faigenbaum (Buenos Aires: Libros en red, 2003).

Paradigma de Seducción Educativa”⁶¹, los autores acuñaron la Hipótesis Fox. Sostiene que, en el evento de dictar una conferencia, si tenemos la posibilidad de elegir entre usar un lenguaje claro y utilizar una jerga técnica incomprensible, más vale decidirse por esta última. Indefectiblemente, la conferencia abstrusa será mejor calificada. Por razones que es necesario explorar e identificar, la oscuridad expresiva se toma como signo de profundidad e incrementa sistemáticamente el prestigio del autor.

La Hipótesis Fox incluye también la afirmación más específica de que, en los ámbitos académicos, las revistas especializadas que contienen artículos ininteligibles, disfrutan de mayor prestigio. En 1980, el profesor estadounidense Scott Armstrong sometió a prueba la Hipótesis Fox estudiando los contenidos de sucesivos números de 10 revistas especializadas dedicadas a la gestión y la administración. Comprobó que había una relación directa entre la mayor dificultad de lectura del promedio de los artículos y el prestigio de las revistas. Armstrong se suma a la sugerencia de que la falta de claridad es particularmente útil cuando el contenido es pobre. A mayor abundamiento, un estudio de investigadores británicos, publicado en 2004, examinó 30 artículos de revistas científicas (física, química, biología, matemáticas), 30 artículos de ciencias sociales y 30 artículos del área de humanidades. Los resultados dan cuenta del hecho que los artículos científicos del primer grupo se caracterizan por ser de menor extensión, son más fáciles de leer y se construyen habitualmente con frases cortas. Todo lo contrario de lo que ocurre en los artículos de ciencias sociales y humanidades⁶². En estos últimos ámbitos no se hace mucho caso de las recomendaciones de eliminar las palabras innecesarias (habitualmente, adverbios y adjetivos), sustituir las palabras difíciles por otras de fácil comprensión y dividir en dos las sentencias demasiado largas.

6. Rabelais, Voltaire, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Eysenk, Alexandre Zinoviev, Thomas Zsazs, Martin Gardner, son muchos los testimonios de denuncia, autores obligados en la reunión de materiales para la elaboración de una idea de impostura intelectual⁶³. Una

⁶¹ El artículo original fue publicado en 1973 por la revista *Journal of Medical Education*, 48, 630-635.

⁶² “Unintelligible Management Research and Academic Prestige”, publicado en la revista *Interefases*, Vol. 10, n° 2, 80-86.

⁶³ De Eysenk puede consultarse, entre otros, el texto *Psicología: Hechos y Palabrería*, Alianza Editorial, 1977. En lo que a Zinoviev se refiere, hay que con-

cuestión central que se plantearía ineludiblemente en una elaboración tal es la de la frontera entre lo que se considera impostura y lo que no lo es, una tierra de nadie que puede llegar a ser suficientemente resbaladiza e incierta. Un criterio que manejar lo constituye, por supuesto, confiar en el juicio de los grandes pensadores, aquellos cuya autenticidad y profundidad nadie cuestiona. La ventaja de semejante criterio se vuelve más clara conforme más distante en el tiempo están los testimonios. Así es posible un más alto grado de objetividad y es menor el riesgo de un juicio injusto. Pero todas estas ventajas se tornan en desventajas conforme el testimonio se aproxima al presente, y la posibilidad de mirar el bosque sin confundirse entre los árboles se reduce a mínimos acaso insostenibles. Con todo, el problema es menos agudo según se identifican y describen los rasgos de lo que se califica como impostura; y se transforma en algo recalcitrante cuando se trata de identificar específicamente a quienes se considera susceptibles de merecer la calificación agravante.

Por otra parte, el criterio de dejarse guiar por el juicio de los grandes pensadores tiene un rasgo negativo, que es importante señalar: la visión ejemplar. Cuando se tiende a comprender la historia intelectual sólo en función de sus cumbres más altas, se tiende a olvidar también que hay alturas intermedias, que hay cerros y que estos últimos están, de todos modos, por encima de las planicies y los valles. De acuerdo con ese criterio, no cabría sino ser Platón o ser nada, ser Einstein o ser mediocre. Se trata, a la vista, de una disyuntiva tajante y extrema, y en verdad insostenible. Nos es necesario en consecuencia, una teoría de la impostura intelectual. Pero ése es un objetivo que perseguir y en absoluto un punto de partida. Estos materiales apuntan en esa dirección.

siderar *L'Avenir Radieux* (Editions L'Age d'Homme, 1978); *Les Hauteurs Béantes* (Editions L'Age d'Homme, 1977); *Notes d'un Veilleur de Nuit* (Editions L'Age d'Homme, 1979). En cuanto a Thomas Szasz, amén de su voluminosa producción crítica de la psiquiatría como ciencia, bien vale considerar también *Herejías* (Premia Editora, 1983) y *El Segundo Pecado* (Ediciones Martínez Roca, 1992). Sobre la postura de Martin Gardner se puede acudir a *La Ciencia. Lo bueno, lo malo, lo falso*, Alianza Editorial 1988. Seguramente, la enumeración bibliográfica de la literatura debiera incluir algunas obras referenciales sobre el mundo académico; es el caso del estudio de Paul Lazarsfeld y Wagner Thielens Jr., *The academic mind; social scientists in a time of crisis*, que incluía un informe de campo de David Riesman (Glencoe: Free Press, 1958). Y es también el caso de libro de Pierre Bourdieu, *Homo Academicus* (1984).